

SEGUNDA PARTE
DEL DERECHO DIVINO.

—
OBLIGACIONES PARA CON NOSOTROS MISMOS.
—

LIBRO TERCERO.

ÓRDEN MORAL

ó SEA

Exposicion de los deberes individuales á que está sujeto el ejercicio de la voluntad humana.

198. El buen gobierno de la voluntad humana es la mejor garantía del cumplimiento de la lei divina y la condicion indispensable para la perfeccion moral: porque existiendo en nuestra voluntad todos los elementos del bien y del mal, y por tanto, de la felicidad y de la desgracia, claro es, que esta ó aquella dependen precisamente de la buena ó mala direccion que reciban todas y cada una de nuestras facultades morales.

199. En este punto, como en todos los de su género, las relaciones esenciales que descubrimos en los hechos nos introducen en el conocimiento del Derecho. ¿Cuáles son pues los hechos? 1.º que los sentidos y sus objetos, las facultades y su ejercicio, el temperamento, el carácter, los hábitos y hasta las preocupaciones mismas, influyen mas ó ménos directa, pero siempre real y positivamente, en la marcha de

nuestra conducta, y por tanto, en todas las condiciones de nuestra vida moral. 2.º que este influjo es tan vário, como el sentido en que obran y la direccion que reciben aquellos diversos agentes. 3.º que de la variedad suma de tal influencia nacen todos los caractéres morales del hombre. Ninguno de estos hechos necesita prueba, pues tiene á su favor todos los argumentos prácticos del criterio metafísico, físico y moral.

200. Analizando bien estos hechos, descubrimos luego cierto número de relaciones esenciales entre ellos y nuestra conducta y destino, de las cuales venimos á concluir: primero, que todos ellos pueden considerarse como unos elementos morales; segundo, que en clase de tales son susceptibles de una combinacion y direccion tambien moral; tercero, que esta y aquella se verifican en el sentido de nuestra perfeccion, nos conducen al fin, que es nuestra verdadera felicidad, ó nos privan de ésta, apartándonos de aquel obrando en un sentido contrario á nuestra perfeccion.

201. Estas relaciones esenciales que la filosofia nos descubre, muestran con caractéres inequívocos tres leyes generales que fundan todo el sistema de aquellas á que está sujeta la direccion de la voluntad humana.

202. Primera: la de conocer con la exactitud posible los elementos morales y puramente prácticos de nuestra conducta.

203. Segunda: la de neutralizar su influjo nocivo en el órden de nuestra perfeccion.

204. Tercera: la de combinarlas y dirigirlas constantemente á la consecucion de nuestro fin por el camino de la perfeccion.

205. Sin profundizar estas leyes en su parte científica, cosa que nos divagaria notablemente á las ciencias filosóficas, haremos algunas indicaciones generales, pero competentes para que los jóvenes dirigidos por su profesor, las tra-

ten con toda extension, relacionando su estudio con los otros ramos de las ciencias filosóficas.

CAPÍTULO I.

ELEMENTOS MORALES Y PRÁCTICOS DE LA ACCION DE NUESTRA VOLUNTAD.

206. Enumeradas, definidas y mostradas en sus relaciones con los sentidos las facultades de nuestro entendimiento (1), explicado el criterio de verdad en el sentido íntimo, relacion de los sentidos, testimonio de los hombres y exacta deducción (2), aplicado este criterio al conocimiento de la lei, al carácter moral de nuestras acciones en el orden intelectual (3), no debemos tratar aquí sino de ciertas enfermedades del alma que la perturban en el libre ejercicio de sus facultades, y de las pasiones que en su mala direccion la corrompen, y en su buena direccion la purifican, engrandecen y perfeccionan.

§. I.

OBSTÁCULOS QUE NACEN DE CIERTAS ENFERMEDADES DEL ALMA.

207. "Las enfermedades del alma que ponen obstáculos al ejercicio libre de sus facultades, son tan variadas, como las del cuerpo: unas vienen de un defecto de regularidad

(1) PRELIMINARES. Lib. 1.º cap. 1.º §. 1.º números 8 y siguientes.

(2) PRELIMINARES. Lib. 2.º

(3) SEGUNDA PARTE del Derecho divino. Lib. 2.º

en la conformacion de los órganos.... otras son el deplorable efecto de las pasiones desarregladas." Para no confundir estas enfermedades con las pasiones, convendrá dar á conocer las principales, que distribuiremos en tres clases.

Primera clase.

208. Entran aquí la *chochez*, que es una debilidad en el juicio la cual se conoce en los discursos insignificantes, vacios, inoportunos, faltos de ilacion, pesados, &c. &c.; el *abatimiento de espíritu*, que consiste en la impotencia é inaccion en la facultad de concebir ó imaginar, con disminucion de fuerzas y de aliento; la *debilidad de espíritu*, que nos dispone al arbitrio de los demas, y no por una virtud, la *falta de memoria*, la *credulidad*, ó disposicion para adoptar sin exámen cuantas ideas se nos quieren sugerir, y á creer las cosas mas inverosímiles, la *tontería*, la *necedad*, &c. &c., la *mentecatez*, la *imbecilidad* (1); la *fatuidad*, ó sea el orgullo insensato que desconoce todos los miramientos y consideraciones; la *impertinencia*, que es la fatuidad llevada hasta el exceso de no ceder ni aun á las humillaciones; la *simpleza*, que es esa alteracion de juicio que por incapacidad de apreciar los objetos, parece aplaudir indiferentemente todo, con una expresion sensible de alegría; la *estupidéz*, el *delirio*, el *vértigo*, la *manía* y la *locura*, cosas harto frecuentes y por tanto muy conocidas.

Segunda clase.

209. Tiene el primer lugar la *malignidad*, que constituye el fondo del carácter de esos hombres que hallan un

(1) El *tonto* carece de entendimiento, el *neccio* carece de ideas, el *mentecato* carece de imaginacion y discernimiento, el *imbécil* carece de razon. En el tonto y en el imbecil hai vicio de carácter: en el ne-

placer en perjudicar á otros con sus discursos y acciones. Siguen á esta la *insensibilidad*, que es una disposicion habitual para no afectarse del mal ageno; la *dureza* que añade á la insensibilidad la circunstancia de manifestarse por palabras ó acciones; la *crueldad* que va mas léjos, cometiéndolo á sangre fria las acciones mas inhumanas, y embriagándose en el bárbaro placer de hacer sufrir á los otros. La *afeccion hipocondriaca* en los hombres y las *pasiones histéricas* en las mugeres, consisten en un temor continuo de la muerte. La *contradiccion*, carácter de espíritu que se complace constantemente en manifestarse contraria á los sentimientos, á los deseos y á las opiniones de otros; la *tema*, la *porfia*, la *obstinacion*, la *terquedad* (1) y la *contumacia*, por último, que traspasando todos los límites, se fija en una voluntad particular, por muy irracional y caprichosa que ella sea, rehusándose á toda reflexion capaz de dirigir sus ideas y aun sus acciones.

Tercera clase.

210. La *obscuridad del espíritu*, vicio del juicio que por falta de ideas distintas, aglomera confusamente una multitud de ellas, y no es capaz de discernir las cosas con precision; la *irresolucion*, género de espíritu forzado siempre á suspender su acción por falta de ideas claras y vigorosas, y

cio y en el mentecato hai vicio de carácter, de educacion y de voluntad. *Diccion. de sinónimos castellanos por D. J. G. de la Cortina.*

(1) La *tema* supone mas propriamente indocilidad ó espíritu de contradiccion: uno y otro pueden ser pasivos, esto es, sostener pasivamente su objeto ó su capricho. La *porfia* es la demostracion activa del *tema* ó el *empeño*, cuando estas encuentran alguna resistencia ú oposicion.—La *obstinacion* es el efecto de una falsa conviccion fuertemente impresa en el ánimo, ó de un empeño voluntario con determinado interes. La *terquedad* no necesita de interes ni de conviccion: es un defecto ó adquirido ó arraigado por la mala educacion, ó

por el temor de inconvenientes reales ó supuestos; el *espíritu minucioso*, que no discerniendo lo que hai de esencial en los objetos, se fija fastidiosamente en sus mas pequeñas circunstancias; el *espíritu frívolo*, siempre arrastrado por una inclinacion continua, y al parecer irresistible, á tratar con ligereza los asuntos mas importantes, para no ocuparse sino en superficialidades; el *espíritu inconsecuente*, el *imprudente*, que obra sin consideracion á la importancia de los objetos, á la gravedad de las circunstancias y á la oportunidad y eficacia de los medios; el *curioso*, dominado siempre por un deseo ávido de penetrar en los secretos y en los negocios agenos; el *locuaz*, irresistiblemente arrastrado á hablar de continuo de una manera rápida é inconsiderada, que diserta sobre todos los objetos interesantes ó frívolos, sin dejar á nadie tiempo de hablar á su turno ó de responder: he aquí los principales vicios que colocamos en la tercera clase.

211. Los de la primera se refieren principalmente al entendimiento, los de la segunda á la voluntad, los de la tercera al carácter, en que entran á su turno la voluntad y la inteligencia. Sin embargo, esta clasificacion no es tan absoluta que dejen de confundirse hasta cierto punto, de vez en cuando, en algunos de los vicios contenidos en cualquiera de las tres clases, la inteligencia, la voluntad y el carácter.

212. En esta enumeracion hemos indicado los principales vicios, y no todos, lo que traeria una excesiva divaga-

inherente á la persona inclinada á contradecir la opinion ó voluntad agena, ó sostener la propia.—Está *obstinado* en su error aquel á quien no convencen las razones mas claras y evidentes. Es *terco* el que convencido de las razones, no cede á ellas. Está *obstinado* el reo que niega su delito por miedo del castigo. Es *terco* un muchacho por pura malignidad de su vivo carácter.—La *obstinacion* puede ser efecto de un error disculpable del entendimiento. La *terquedad* es siempre un defecto reprehensible de la voluntad. *Diccionario citado.*

cion. Algunos vienen del temperamento, de las enfermedades, de los accidentes; pero la mayor parte se originan de la vanidad, del amor propio, del orgullo, de la envidia, de la venganza.

213. Casi todas estas enfermedades del alma pueden transformarse en pasiones, y deben su incremento al poco empeño que tenemos en combatir las.

§. II.

DE LAS PASIONES.

214. Despues de haber recorrido muchas de las obras escritas de dos siglos á esta parte sobre las pasiones, sentimos la necesidad de retroceder hasta Bossuet, cuya vasta comprensión y profundo conocimiento del hombre le dan un derecho preferente para ser consultado cuando se trata de los elementos morales de nuestra conducta, y por consiguiente de nuestra felicidad. No haremos pues otra cosa que transcribir el párrafo 6.º del cap. 1.º de su obra elemental sobre el conocimiento de Dios y de sí mismo.

215. "De los sentimientos interiores y exteriores, y principalmente del placer y del dolor, nacen en el alma ciertos movimientos que llamamos pasiones."

216. "El sentimiento del placer nos hace una impresión mui viva cuando está presente, y nos arrastra con fuerza cuando no lo está; pero el sentimiento del dolor produce efectos totalmente contrarios: y así todo aquello donde sentimos ó imaginamos placer y dolor, nos atrae y nos aparta: así sucede, que buscamos con apetito el manjar gustoso, y nos repugna el desagradable. Todos los demas placeres, como tambien los demas dolores, nos causan deseos ó repugnancias de la misma naturaleza; pero la razon no tiene parte alguna en ellos."

217. "Estos deseos ó aversiones se llaman movimientos del alma, no porque mude de sitio ó se mueva de un lugar á otro, sino que así como el cuerpo se acerca ó se aparta moviéndose, así tambien el alma con sus deseos ó aversiones se une con los objetos ó se aparta de ellos."

218. "Sentados estos principios, podemos definir la palabra pasion: un movimiento del alma que excitada por el placer ó dolor, sentido ó imaginado en un objeto, le sigue, ó se aparta de él. Si sentimos hambre, buscamos con pasion el sustento necesario; si nos quema el fuego, procuramos con ahinco apartarnos de él."

219. "Cuéntanse ordinariamente once pasiones que vamos á referir por su orden."

220. "El amor es una pasion que nos incita á unirnos con cualquiera cosa: amamos un buen manjar y amamos la caza: esta pasion nos incita á ir tras otros objetos y á tenerlos en nuestra potestad."

221. "El odio por el contrario, es una pasion de apartarnos de alguna cosa: aborrecemos el dolor, el trabajo, una purga por su mal gusto: aborrecemos un hombre que nos ha hecho daño y naturalmente nos apartamos de él."

222. "El deseo es una pasion que nos incita á buscar lo que amamos, cuando está ausente."

223. "La aversion es una pasion de impedir que se acerque á nosotros todo aquello que aborrecemos."

224. "La alegría es una pasion por la cual goza el alma del bien presente y descansa en él."

225. "La tristeza es una pasion por la cual, atormentada el alma del mal presente, se aparta de él cuanto puede, y por él se aflige."

226. "Hasta aquí no han tenido necesidad las referidas pasiones, para ser excitadas, sino de la presencia ó ausencia de sus objetos. En las otras cinco concurre la dificultad."

227. "La audacia, la osadía ó el valor, es una pasion

por la cual se esfuerza el alma á unirse al objeto amado cuya adquisicion es difícil.”

228. “El temor es una pasion por la cual se aparta el alma de un mal difícil de evitar.”

229. “La esperanza es una pasion que nace en el alma cuando la adquisicion del objeto amado es posible aunque difícil, porque si es fácil ó segura, ya se goza de él de antemano, y entónces ya es alegría.”

230. “Al contrario, la desesperacion es una pasion que nace en el alma cuando la adquisicion del objeto amado parece imposible.”

231. “La ira es una pasion por la cual nos esforzamos á rechazar con violencia al que nos hace daño, ó á vengarnos de él.”

232. “Esta última pasion no tiene contrario; á no ser que coloquemos entre las pasiones la inclinacion á hacer bien al que nos favorece; pero esta ya pertenece á la virtud, y no va acompañada de la turbacion y agitacion que causan las pasiones.”

233. “Las seis primeras pasiones, que no suponen en sus objetos, sino la presencia ó la ausencia, las refieren ó reducen los filósofos al apetito que llaman concupiscible, y las otras cinco últimas, que añaden la dificultad á la ausencia ó presencia del objeto, las reducen al apetito irascible.”

234. “Llaman apetito concupiscible aquel donde domina el deseo ó la concupiscencia, é irascible aquel donde domina la ira. Este apetito tiene siempre alguna dificultad que vencer, ó algun esfuerzo que hacer, y esto es lo que excita la ira.”

235. “El apetito irascible podria quizá llamarse con mas propiedad valeroso. Los griegos, que fueron los primeros que distinguieron los apetitos, dieron un mismo nombre á la ira y al valor, y es natural llamar apetito valeroso al que debe vencer dificultades.”

236. “Parece que pueden ir juntas las dos expresiones de irascible y valeroso, porque la ira sirve para excitar y sostener el valor.”

237. “Pero sea lo que fuere, es indudable la distincion de las pasiones, en pasiones cuyo objeto se considera simplemente como presente ó ausente, y en pasiones donde concurre la dificultad junta con la presencia ó ausencia.”

238. “Mas cuando hablamos de dificultad, no es decir que siempre sea preciso colocar en las pasiones que la suponen, un juicio expreso del entendimiento, mediante el cual juzga que tal objeto es dificultoso de adquirir, sino que la naturaleza ha puesto tales cualidades en los objetos de difícil adquisicion, que por sí mismas hacen en el entendimiento distintas impresiones é imaginaciones.”

239. “Ademas de las once pasiones principales hai aun algunas otras, como la vergüenza, la envidia, la emulacion, la admiracion, el espanto y otras semejantes, pero todas se pueden reducir á estas. La vergüenza es una tristeza ó temor de vernos expuestos al odio ó al desprecio, por alguna falta ó defecto natural, y va mezclada con el deseo de encubrir los defectos ó justificarnos. La envidia es una tristeza que nos causa el bien del prójimo y un temor de que por su posesion nos prive de él; ó bien es una desesperacion de adquirir el bien que ya vemos poseido por otro, con una fuerte inclinacion á aborrecer al que parece que nos le usurpa. La emulacion, que nace en el hombre de espíritu cuando ve á los demas hacer cosas grandes, encierra en sí la esperanza de poder ejecutarlas, porque los demas las hacen, y una cierta audacia que nos excita á emprenderlas con confianza. La admiracion y el espanto encierran en sí ó la alegría de haber visto una cosa extraordinaria, ó el deseo de saber sus causas y consecuencias, ó bien el temor de que bajo este nuevo objeto pueda haber algun peligro oculto, con la inquietud causada por la dificultad de conocerle, lo cual nos deja como parados y

sin accion, y esto es lo que se llama quedar pasmados.”

240. “La inquietud, los cuidados, el miedo, la consternacion, el horror y el espanto, no son sino grados distintos y efectos diferentes del temor. Un hombre poco seguro del bien que apetece ó que posee, vive inquieto: si se aumentan los peligros, está en pena: cuando el mal se le acerca ó mas le amenaza entónces tiene miedo: si este le turba y le hace temblar, se llama consternacion y horror: y si le sorprende hasta el punto de turbarle, se llama espanto.”

241. “Así se ve claro, que de cualquier modo que se consideren las pasiones, y á cualquier número que se extiendan, siempre se habrán de reducir á las once que acabamos de explicar.”

242. “Y aun podemos decir, si consultamos lo que pasa en nuestro interior, que las demas pasiones nuestras se reducen al amor solo, el cual las encierra todas y las excita. La aversion que tenemos á algun objeto, no proviene sino del amor que profesamos á otro. No aborrecemos la enfermedad, sino porque amamos la salud. Si aborrecemos á alguno, es porque sirve de obstáculo para poseer lo que amamos. El deseo no es sino el amor que quisiera el bien que no se posee, así como la alegría es un amor que se complace en el bien que se logra. La huida y la tristeza son un amor que se aparta del mal, porque este le priva de su bien, y se affige por ello. La osadia es un amor que emprende cosas árduas por lograr el objeto amado; y el miedo es amor, que viéndose á peligro de perder lo que busca, se turba con el riesgo. La esperanza es un amor que se promete ó facilita la posesion del objeto amado; y la desesperacion es un amor sin consuelo por verse privado de él para siempre. La ira es un amor irritado porque se le quiere quitar su bien, y se empeña en defenderle. Finalmente, descártese el amor, y no habrá pasiones; pero admitido el amor, vuelven con él todas ellas.”

243. “Sin embargo, algunos han hablado de la admira-

cion como de la primera entre las pasiones, porque nace en nosotros en aquella primera sorpresa que nos causa un objeto nuevo ántes de amarle ó aborrecerle; pero si esta sorpresa se queda en simple admiracion de la cosa que parece nueva, no produce en nosotros emocion alguna, y por consiguiente ninguna pasion; pero si llega á causar cualquiera emocion, ya hemos notado que pertenece á las pasiones explicadas: por lo que es preciso persistir en poner el amor por la primera de las pasiones y la fuente de todas las demas.”

244. “Todo lo que hasta aquí hemos dicho, si lo meditamos con reflexion, es lo que puede darnos mas conocimiento acerca de nuestras pasiones en cuanto se dejan sentir por nuestra alma.”

245. “Pero conviene añadir, que nos sirven de impedimento para discurrir bien, y que nos arrastran á los vicios, si no sabemos reprimirlas.”

246. Para no divagarnos en análisis minuciosos, hemos limitado nuestras observaciones en la materia á estas nociones generales del Sr. Bossuet. Réstanos ahora manifestar cómo las pasiones y las enfermedades ó vicios del espíritu son, rigurosamente hablando, elementos morales, ó lo que es lo mismo, causas que influyen mas ó ménos así en la conducta como en el carácter moral del individuo.

§. III.

CONTINUACION.

247. Todo lo que por su naturaleza influye directa ó indirectamente en el sistema de las acciones humanas, es un elemento moral: todo lo que perfecciona ó vicia la libertad influye en nuestras acciones: todo lo que dirige ó altera la deliberacion y la eleccion, gobierna ó pervierte la libertad:

todo lo que afecta al uso de la razon ó al ejercicio de la voluntad, influye en la deliberacion y tambien en la facultad electiva; pues quien es incapaz de conocer bien, es incapaz de deliberar bien, y esta incapacidad sin duda nace, ó de un vicio del espíritu ó de una exageracion de sus sentimientos y de sus deseos, esto es, ó de alguna de las enfermedades del alma que clasificámos y expusimos en el párrafo primero, ó de alguna de las pasiones que enumeramos y definimos en el párrafo segundo.

248. Esta consecuencia final tiene dos partes que deben ser examinadas con la debida separacion, para establecer las consecuencias legales de esta doctrina: la primera mira á las enfermedades del alma; la segunda corresponde á las pasiones.

249. En cuanto á las primeras, conviene distinguir entre aquellas que somos incapaces de dominar, porque están fuera del círculo de nuestro poder, y aquellas cuyo influjo moral puede neutralizarse en el sentido del mal, ó perfeccionarse en el sentido del bien, mediante la accion mas ó ménos continua y laboriosa de la razon y la voluntad. Las primeras son invencibles y no caen en consecuencia bajo el influjo de lei ninguna, ni deben ser el objeto de ninguna obligacion. En cuanto á las segundas, claro es que ligan nuestra razon y nuestra voluntad con la lei precisa de trabajar incesantemente para que el influjo moral de tales enfermedades deje de perjudicar á nuestra felicidad, ya que no sea dado el que obre en consonancia con los intereses legítimos de la virtud. Cómo haya de procederse en este caso; he aquí la tarea mui fácil por otra parte, que dejamos á la razon del alumno y al magisterio del profesor.

250. Las pasiones, consideradas en sus atributos esenciales y no en sus objetos ni en sus efectos, son como ya se ha visto, los deseos vehementes, irresistibles que convierten nuestras facultades todas á la adquisicion de un objeto que miramos como bueno aun cuando no lo sea, ó á la repulsa de

otro que miramos como malo, aun cuando en efecto tampoco lo sea. Estos deseos fuertes tienen su fundamento en nuestra misma naturaleza y en nuestras relaciones con el objeto; tienen su motivo en la influencia de estas relaciones sobre nuestros instintos, sobre nuestras necesidades, sobre nuestro sistema de goces; tienen sus caractéres y sus grados de intensidad en consecuencia de nuestro temperamento, de nuestra situacion y de las modificaciones que sufre nuestro ser moral, en razon de la preponderancia relativa que en él ejercen la razon y la voluntad.

251. Infiérense de aquí varias consecuencias importantes: primera, que las pasiones son una condicion esencial de nuestra naturaleza: pretender destruirlas, seria clamar por el aniquilamiento mismo de nuestro ser: segunda, que las pasiones afectan esencialmente el sistema moral: tercera, que si ellas esencialmente han de tener algun objeto, porque sin él no hai deseo posible, el que tengan éste ó aquel objeto determinado, es accidental: esencial es al cuerpo la figura, accidental el que tenga esta ó aquella determinada: cuarta, que el motivo y el objeto es, rigurosamente hablando, lo que da á las pasiones un carácter determinado en el órden moral: quinta, que el carácter moral de las pasiones estará siempre en razon de su motivo y de su objeto: sexta, que pudiendo ser estos motivos ú objetos conformes ó contrarios á nuestra perfeccion, conspirantes ú opuestos á nuestra felicidad, buenos ó malos, en suma; buenas ó malas, útiles ó perjudiciales, favorables ó adversas, precursoras del bien ó elementos del mal, podrán ser las pasiones.

252. Luego las pasiones en sus atributos constitutivos no son por sí ni moralmente buenas, ni moralmente malas; pero no pudiendo dejar de tener un motivo y un objeto, ni dejar de ser por lo mismo en su ejercicio moralmente buenas ó moralmente malas, las pasiones, hablando en rigor, son elementos morales del hombre, y por consiguiente, uno de los mas importantes objetos de la razon y de la voluntad.

253. Dar un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente á estos vehementes impulsos de la voluntad humana, tal es el precepto y la voz misma de la naturaleza. Esto no exige demostracion. ¿Pero cómo conseguir estas cosas? ¿Cómo neutralizar el influjo pernicioso que los principios, los medios y los fines pueden tener en los deseos de nuestro corazon? He aqui lo que debe ocuparnos en el capítulo siguiente.

CAPÍTULO II.

DE LOS MEDIOS PARA NEUTRALIZAR EL INFLUJO NOCIVO DE LAS PASIONES.

254. Los medios de neutralizar el influjo nocivo de las pasiones casi vienen á confundirse en la práctica con los que directamente sirven á la formacion de las virtudes, cuyo cuadro nos muestra integramente la perfeccion del hombre moral y la influencia que estas pasiones mismas, ó estos deseos fuertes é irresistibles del alma, pueden ejercer en el sistema de la felicidad. Para no incurrir pues en una division embarazosa, que traeria la confusion en las ideas por un exceso de análisis, reduciremos este capítulo á discurrir sobre un punto mui cardinal, que debe servir de fundamento indispensable á la teoría de nuestra perfeccion, para que rigurosamente hablando merezca el nombre de íntegra, obvia y practicable. Supuestos los dos órdenes que reconoce todo el que no es ateo, es decir, el natural y el sobrenatural, ó lo que es lo mismo, en el sentido católico y moral, el de la naturaleza y el de la gracia, debemos comenzar por resolver esta cuestion: *¿Los recursos de la naturaleza son moralmente necesarios y suficientes para neu-*

tralizar el influjo maligno de las pasiones, y darles un principio noble, un objeto digno y una direccion prudente y acertada? ¿SÍ? pues en este caso nos basta exponer el desarrollo práctico que deben tener nuestras facultades naturales, para estorbar nuestros vicios, corregir nuestros malos hábitos y formar nuestras virtudes. ¿NO? luego no bastando los recursos naturales, ni debiendo faltar medios competentes, debemos reconocer la existencia y los objetos de la gracia, no solo como unos dogmas revelados por Dios y enseñados por la Teología dogmática, sino como unas consecuencias lógicas de nuestros conocimientos acerca de Dios y de nuestras experiencias acerca del hombre. En este caso la lei natural, divina y universal, nos impone, como otros tantos deberes, la práctica de aquellos medios únicos de verdadera y completa perfeccion que resultan de la concordia de la naturaleza y la gracia en el gobierno de nuestra voluntad y en la marcha de nuestra conducta. Entremos pues en materia.

255. El estudio del hombre no puede ser aislado, sin quedar incompleto, hipotético, y en gran parte erróneo. La razon es mui sencilla: el hombre bajo su aspecto físico, se nos manifiesta, no solo en el sistema de su organizacion, sino en su comercio con los seres exteriores que le afectan, que le facilitan el conocimiento de su vida física, modificándola en diferentes sentidos: el hombre bajo el aspecto intelectual considerado, no puede dar un paso sin relaciones; los primeros desarrollos de su actividad interior suponen un objeto diverso de él mismo, si bien relacionado con él, en que su atencion se fije y fecunde, su juicio se illustre, su discurso progrese y su razon se forme; en el órden moral depende de su causa eficiente y final, está ligado con deberes, sometido á preceptos, y colocado bajo la influencia de un poder que arregla las condiciones de su vida moral, dispone soberanamente de su existencia y fija definitiva é irrevocablemente su destino. Es pues necesario que el hombre sea